

EN ESTE NUMERO:

- BALANCE DE UNA TENSION, por S. Blanco Piñán (pp. 7-18).
- CRISIS DE LOS ESTUDIOS ECLESIASTICOS EN ESPAÑA, por E. Rey (página 19).
- HACIA UNA IGLESIA «CATECUMENAL», por Julián Ruiz (pp. 20-23).

POR LA CONCORDIA

editorial



A SI se titulaba un libro de Cambó, célebre en la historia política española, y así podrían haberse titulado bastantes llamamientos hechos en estos últimos días por obispos de fuera y de dentro de España, de los que querríamos hacernos eco aquí. Lejos de apaciguarse con el paso del tiempo, sigue subiendo cada vez más el tono de los artículos que se escriben y de las discusiones que se entablan, y el clima va haciéndose cada vez más de tensión, de crispación, de apasionamiento. Un repaso a las cartas llegadas a nuestra Redacción este último mes basta para darse cuenta de lo preocupante del fenómeno. Y esto no es sino una mínima expresión de lo extenso del mismo. Y nos preguntamos: De veras, ¿no será posible poner remedio a este ambiente exasperado y crear un clima de caritativa concordia? ¿Estaremos condenados a continuar mucho tiempo así? ¿Qué caminos podrían conducir a un mejoramiento?

A nosotros nos parece que el más obvio, aunque no el más fácil, es el del restablecimiento de la confianza a base de un mínimo de sentido común. No sacar las cosas de quicio, no ver conjuras y misterios donde sólo hay buena voluntad. Deducir de la alabanza hecha a un prelado que se forma parte de una campaña que se supone en marcha para denigrar a otro; sacar consecuencias de un silencio que sólo con mirar al calendario parece justificado y que sólo existe en la mente del que escribe; llegar a distribuir en multicopias que INCUNABLE se nutre de la venta de objetos sagrados porque reprodujimos el artículo de Areilza pero no lo comentamos..., demuestra una desconfianza radical, un ambiente en que cualquier cosa puede dar origen a las explicaciones más absurdas y disparatadas. ¿No sería más sencillo pensar que todos tratamos sinceramente de acertar, que buscamos proceder con independencia y sin prejuicios a la hora de alabar o señalar deficiencias, y que nos mueve, como a nuestros contradictores, un mismo amor a la Iglesia? Siempre han existido pobres neuróticos, pero lo que realmente alarma es ver la audiencia que ahora se les da, ya se trate de los de una parte, ya de los de la otra.

A esa petición de confianza y sentido común querríamos poner un respaldo: el de la conciencia del tiempo de crisis que vivimos. No es la tempestad la coyuntura mejor para ponerse la tripulación a discutir. Nos parece que las cosas están demasiado serias en el mundo para entregarnos a la tarea de destrozarnos unos a otros, entre discusiones, sospechas, denuncias y disensiones. Que se lean las pastorales que recientemente, con ocasión del «Día del Seminario», han escrito los arzobispos de Madrid y Zaragoza, el obispo de Salamanca y tantos otros. Clima de crisis por todas partes, que más pide superar rencillas y desconfianzas que airear querellas y endurecer posiciones. ¿Por qué buscar misterios y conjuras donde no hay otra cosa que la desorientación propia de un tiempo de crisis? ¿No sería mejor un esfuerzo conjunto de oración y reflexión, en un clima irénico, que tanta exasperación?

Claro que esto supone una vuelta a la humildad. Nos admira, a quienes por deber profesional leemos y viajamos mucho, consumimos horas en cambiar impresiones en torno a la mesa de Redacción, y al final escribimos perplejos y con temor, la alegre suficiencia con que se explican comunicantes que ven con absoluta claridad todo. No, ¡por Dios! Vamos a estar al menos de acuerdo en que las cosas son complicadas, difíciles, en que aun las mentes más preclaras se encuentran en dificultad. Y vamos, por tanto, a obrar humildemente, con un sincero deseo de buscar la verdad entre todos, atentos siempre a los argumentos que oponen nuestros contradictores. Sin ese aire de suficiencia que envenena con tanta frecuencia nuestro diálogo.

Decir que todo esto se resume en caridad verdadera puede sonar, y ciertamente sonará, a tópico piadoso. Y sin embargo será una gran verdad. No habrá clima de confianza, de solidaridad y de humildad sin caridad verdadera. «Ira odium generat, concordia nutrit amorem», dice el mote de una vieja casa salmantina. No, no imaginarán los lectores con cuánta verdad les pedimos que a los celos y las tensiones suceda cuanto antes un clima de caridad, de esa concordia de la que se nutre el amor.